



Ilustración: Sol Díaz

★
REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

Invierno en Cerro Sombrero

Ayleen Millaray Rauque Canio

Una tarde de invierno en mi casa de Cerro Sombrero, provincia de Tierra del Fuego, estaba mirando televisión en la pieza de mis padres tranquilamente, cuando mis papás me dijeron: “Vamos a buscar agua a la vertiente”. Me puse muy feliz, porque había mucha nieve y quería andar en trineo.

Así fue como mi papá llevó mi trineo en el auto junto con los bidones para traer agua y una cuerda para tirar mi trineo. El camino para ir a la vertiente son muchos kilómetros desde mi casa, tiene muchas vueltas, subidas y bajadas que lo hacen entretenido. Por las pampas había mucha nieve, ovejas, guanacos, caiquenes, flamencos y zorros; todos parecían tener frío.

Luego, llegamos a la vertiente que se ubica al comienzo de la colina. Mientras mis papás llenaban los bidones de agua, Agustina y yo nos tiramos en trineo por la colina. Agustina es mi hermanita de corazón; mi mamá la cuida desde que tenía dos años, ahora tiene cinco años y yo ocho, pero pronto cumpliré nueve años. Subimos y bajamos la colina muchas veces, incluso intentamos tirarnos juntas, pero caí sentada. ¡Qué risa! En dos ocasiones me topé con una mata negra; en una choqué y en la otra la alcancé a saltar. A Agustina le pasó lo mismo, pero ella iba a chocar en una mata de calafate; lo bueno es que se cayó del trineo antes de golpearse. Cuando mis papás tenían todos los bidones llenos y subidos en el auto, dijeron: “¡Vámonos!”. Cuando miramos la colina, estaban las marcas del trineo por donde pasábamos; incluso se veía un poquito el coirón y las huellas de los pies, fue genial. A pocos metros de la vertiente, mi papá me dijo: “Aquí está bueno para deslizarse en trineo, porque no pasan muchos autos, solo algunas camionetas de ENAP que andan trabajando”.

Yo me puse muy, pero muy feliz; sacamos el trineo y con la cuerda mi papá lo ató a nuestro auto, me preparé y subí a mi trineo. Papá me tiró con el auto y yo con felicidad, ansiedad y nervios me deslicé en mi trineo y sentía como la nieve me salpicaba en la cara, como pequeñas gotitas muy frías y se derretían. Estaba tan, pero tan feliz, que grité con todas mis fuerzas: “¡ES LO MÁXIMO!”.

Agustina desde el auto gritaba un poco ansiosa y nerviosa: “¡Yo lo quiero hacer!”. Un poco más allá, papá paró el auto y ella se preparó para su gran aventura en trineo. Mi mamá le puso un gorro en cada mano para el frío, porque no tenía guantes, le dio instrucciones de cómo sujetarse, y comenzó su aventura. La remolcamos con el auto varios metros, claro que mucho más lento, pero Agustina tenía un poquito de miedo, así que papá paró el auto y de nuevo me subí al trineo. Lo que más disfruté fueron las curvas, porque el trineo se iba hacia los lados y yo podía manejarlo, y también me gustó cuando pasamos sobre el guarda-ganado, porque el trineo brincó. Los guarda-ganados son barras de madera o turbinas de fierro que atraviesan el camino, separadas unos centímetros, en un metro de ancho aproximadamente, con el fin de que las ovejas no pasen por ahí y se cambien de campo. Casi llegando a la carretera, mi papá detuvo el auto y guardamos el trineo para regresar a casa.

Al llegar a casa, le dije a mi hermana mayor, que se llama Daniela: “¡Te perdiste la diversión: papá tiró el trineo con el auto!”, y ella solo dijo: “¡Qué importa!”, y mi mamá me dijo: “Está en la adolescencia”.

Al otro día por la tarde, mi papá nos dijo a mi hermana y a mí: “Vamos a ir a la cancha de jineteada, ahí aún queda nieve”. Para mi sorpresa, la que más se emocionó fue mi hermana, así que nos preparamos con guantes, gorros y mascarillas, subimos el trineo al auto y nos fuimos.

La cancha de jineteada queda en la parte baja del pueblo Cerro Sombrero, al lado de la cancha sintética de fútbol, cerca de los invernaderos y los huertos. Allí hay un camino que estaba ideal para andar en trineo, porque estaba escarchada la nieve, y para que papá nos remolcara con el auto. Yo me subí primero, después

mi hermana; lo más divertido fue cuando Dani se tambaleó y casi cae; papá por precaución se detuvo. Luego, mi hermana siguió y ahí sí se cayó, no le pasó nada y siguió. Lo pasamos súper, sobre todo yo, porque casi nunca paso tiempo con mi hermana. Cuando regresamos a casa, mi mamá ya tenía la mesa preparada para la merienda, y papá le dijo: “Mañana vamos todos”.

Así fue como al otro día muy tarde, entrando la noche, fuimos todos a la cancha de jineteada. Primero, mi papá me remolcó a mí una vuelta completa, y sentí la misma emoción de la velocidad de andar sobre la nieve. Pero esta vez se sentían las piedritas, estaba áspero en algunas partes, porque el trineo raspaba. Después fue el turno de mi hermana, y cuando dimos la vuelta, fue el turno de mi mamá.

Mamá se subió al trineo y papá la remolcó y un poco más veloz que a nosotras, y la pasó sobre el agua congelada, o sea, sobre la escarcha. Mamá se veía muy asustada, porque el trineo se deslizaba por todos lados. Mi hermana y yo no parábamos de reír al ver la cara de susto de mamá y cómo le gritaba al papá: “¡Para, Daniel, para...!” Mi hermana le dijo a mamá: “Si le gritas que pare, subirá más la velocidad”. La cara de mamá estaba roja de susto o de enojo con papá. Cuando papá se detuvo, fue cuando había una subida. Subimos el trineo al auto y regresamos a casa. Mamá ya se había calmado, pero aún tenía la cara roja, se veía contenta y le dijo a papá: “En la próxima salida te toca a ti y yo llevaré el auto”.

La nieve ya se derritió y papá aún debe la salida. Ha nevado algunos días, pero el viento la derrite rápido. Ahora esperamos que caiga nieve en septiembre para ver a papá en trineo como lo hizo mamá, pero siento que será más emocionante, porque será la venganza de ella.

Ayleen Millaray Rauque Canio

9 años

Primavera

Primer lugar regional